



PÍO BAROJA

9
MEMORIAS DE UN
HOMBRE DE ACCIÓN

LOS CAUDILLOS DE 1830

Esta novena entrega de las «Memorias de un hombre de acción» constituye un todo con *La veleta de Gastizar*. Fue terminada en Madrid, en febrero de 1918, mientras que *La veleta de Gastizar* se fecha en La Caleta en noviembre de 1917. De lejos acaso escribe Baroja con más nostalgia sobre su país. La acción gira en torno a la intentona de entrar por Vera de Bidasoa en España, para promover un movimiento liberal. El personaje más importante de los que participaron en la expedición (que debía haberse hecho de concierto con otras) era Don Francisco Espoz y Mina, el famoso guerrillero navarro de la guerra de la Independencia, emigrado después del triunfo del absolutismo en 1823. Mina tenía por colaboradores a varios hombres de su edad y de sus ideas, pero había de actuar también en relación con personalidades que estaban en España. Por razones diversas esto no era fácil. La intentona de Mina resultó un fracaso rotundo. Se cuenta en el libro tercero de la novela en forma de diario de un joven romántico, metido en ella. En esta parte Baroja, que conocía al dedillo la tierra, utilizó incluso el testimonio de viejos de caseríos que vivían en 1912 o 13 y que de niños fueron testigos del paso de los guerrilleros, entre los que estaba Fermín Leguía, natural de Vera. Otros hombres de la tierra recordaban las canciones que se habían compuesto tras el descalabro.

Después de aparecida la novela se publicaron nuevos documentos acerca de la expedición en la que Baroja había colocado, claro es, episodios de su inventiva; pero el valor de *Los caudillos de 1830* es grande como evocación romántica y la trama de *La veleta de Gastizar* termina aquí de modo también romántico y melancólico. La visión de la sociedad vasco-francesa a raíz de la caída de Carlos X y el advenimiento de Luis Felipe, está dada con singular amor y pericia en los dos relatos.

LIBRO PRIMERO

EL ETERNO CONSPIRADOR

I
DON EUGENIO

UN día, al anochecer, apareció en la fonda de Iturri un hombre que llamó la atención de Lacy y de Ochoa. Era un tipo seco, amojamado, con la cara y las manos curtidas por el sol. Tenía el aire de cansancio de los que vienen de países tropicales.

Vestía redingote negro, pantalón con trabillas, sombrero de copa de alas grandes y corbata de varias vueltas.

—¿Quién es este hombre? —preguntaron Lacy y Ochoa a Iturri.

—Es un vascongado que viene de La Habana. Ahí está su nombre.

Los dos jóvenes leyeron el nombre: Eugenio de Aviraneta.

—¿Es de los nuestros? —preguntó Ochoa.

—Yo le he conocido aquí en 1824 —dijo Iturri—, creo que es liberal.

El recién llegado escribió unas cuantas cartas y se metió en la cama.

Al día siguiente preguntaron por él dos o tres personas, entre ellas el auditor de guerra y amigo íntimo de Mina, don Canuto Aguado.

Por lo que dijo Iturri, Aviraneta traía pasaporte del capitán general de la isla de Cuba, para Madrid, por la vía de Francia, pero como no se había presentado al cónsul español de Burdeos, no podía pasar a España.

A la hora de almorzar Iturri sentó a la misma mesa donde comía su sobrino y Lacy al recién llegado y este al saber que Eusebio era hijo del general Lacy estuvo muy amable

con él y habló largamente con los dos jóvenes. Aviraneta les hizo alguna impresión. Tenía marcada tendencia por la frase amarga y el epigrama, lo que hacía creer que era tipo desengañado y sarcástico.

—¿Ha tenido usted larga conferencia con Aguado? —le preguntó Ochoa.

—Sí.

—¿Qué dice?

—Poca cosa.

—¿No está contento de la marcha de los acontecimientos?

—Eso parece.

—¿Y el general Mina no tiene confianza?

—Muy poca. Por lo que he podido traslucir no está contento de la organización de la empresa. Se me figura que va arrastrado por la fogosidad y la imprudencia de todos.

—Es que el general está viejo, enfermo y naturalmente es desconfiado. Ya verá usted como todo sale bien —dijo Ochoa.

—Mejor, mejor; ¡ojalá!

Aviraneta contó sus viajes, y estaba hablando de sobremesa cuando se presentó Iturri con el italiano de la subprefectura que había dado los informes de las dos damas del Chalet de las Hiedras.

El italiano era un hombrecito calvo, de unos cuarenta años, la nariz arqueada y roja, el pelo rubio y la mirada viva a través de los lentes. Vestía un traje raído y sin brillo y llevaba los pantalones con rodilleras.

El señor Pagani, así se llamaba, era al parecer, insustituible en su oficina; sabía cuatro o cinco idiomas a la perfección, trabajaba constantemente y ganaba poco.

—Me ha explicado mi amigo Iturri su situación —dijo hablando el castellano perfectamente—. ¿Qué documentos tiene usted?

—Tengo el pasaporte del capitán general de La Habana para dirigirme a Madrid —dijo Aviraneta.

—¿Quiere usted enseñármelo?

—Ahora vengo con él.

Aviraneta entró en su cuarto y volvió poco después con unos papeles.

—He salido de La Habana con mi pasaporte pensando ir a Madrid, pero como me he encontrado con esta agitación revolucionaria, inesperada, no me he atrevido a entrar en mi país.

—¿Usted ha tenido que ver algo en política? —preguntó el italiano mirándole por encima de sus lentes.

—Sí, en parte —murmuró Aviraneta— yo fui miliciano como otros muchos... obligado... y tuve que emigrar en 1823, pero no me he mezclado nunca activamente en política.

El italiano contempló con desconfianza a su interlocutor, después tomando el pasaporte comenzó a leerlo despacio.

—Está bien... en regla —fue diciendo mientras leía— visado por el cónsul general francés del puerto de La Habana... falta la presentación al consulado de España en Burdeos.

—Sí, ha sido un olvido —dijo Aviraneta.

—Esta falta —repuso el italiano— le imposibilita a usted para entrar en España porque se le considerará a usted como sospechoso y en el acto se le reducirá a prisión.

—Entonces no, no quiero entrar en España.

—Dígame usted. ¿Cuál es el plan de usted? ¿Qué es lo que usted desea?

—Yo, la verdad, soy un hombre pacífico —afirmó Aviraneta— si hay esos peligros de que usted habla, prefiero quedarme aquí. En vez de visitar a mis parientes de Irún y San Sebastián, a quienes no he visto hace años, les pediré que vengan a verme. Mi plan se reduce a estar en Bayona un par de meses.

—Lo bastante para hacer la expedición que proyectan los liberales españoles —dijo el italiano con ironía.

Lacy y Ochoa sonrieron.

—No, no —exclamó Aviraneta—, eso la gente moza, yo ya soy viejo para esos trotes.

—¡Hum! Quizás yo me engañe, pero no me parece usted menos peligroso que estos jóvenes; en tal caso más.

—Es usted muy amable, señor Pagani. No. Estoy cansado de verdad. ¿Y cómo arreglaremos el asunto para que yo me pueda quedar en Bayona?

—Yo lo arreglaré, y si quiere usted que no le molesten no concorra usted a los cafés, porque están muy vigilados por los agentes de los dos gobiernos y por los espías que tiene el señor de Calomarde entre los mismos liberales.

—No tenga usted cuidado. No iré a los cafés.

—Su pasaporte de usted con los de los demás españoles residentes aquí los colocaré en la subprefectura en carpeta separada de los emigrados políticos y mañana por la mañana traeré a usted la carta de seguridad con cuyo salvoconducto no le molestará la policía.

El señor Pagani se despidió de todos y al día siguiente por la mañana volvió trayendo la carta de seguridad. Aviraneta le dio un luis que al italiano debió parecer por los aspavientos que hizo al recibirlo un verdadero capital.

Recomendó de nuevo a Aviraneta que tuviese cuidado con quien hablaba y añadió que si alguna dificultad se le ofrecía no tenía más que avisarle a la subprefectura por mediación de Iturri.

II

ENTREVISTA CON MINA

UNA de las condiciones características de Aviraneta era el enterarse y darse cuenta rápidamente de una situación. Al tercer día de su estancia en Bayona don Eugenio había hablado con los más conspicuos constitucionales, sabía sus opiniones, lo que pensaban acerca de la expedición que se estaba preparando, las simpatías y las antipatías que tenían.

Con su prudencia habitual de zorro encanecido en la intriga, Aviraneta no se presentó en ningún sitio bullanguero ni paseó por las calles en grupo con otros españoles.

La tarde del tercer día de su estancia en Bayona, don Canuto Aguado le avisó para que acudiese a las nueve de la noche a su casa. Aguado vivía en un tercer piso de la calle de Santa Catalina en el barrio de Saint Esprit, en un cuartucho barato, sórdido y sombrío.

Aviraneta al anochecer, cenó, se embozó en la capa y se marchó por el puente de barcas a Saint Esprit.

Al llegar a la calle de Santa Catalina buscó el número hasta dar con él. Aguado se encontraba esperándole en el portal.

—Aquí está Mina —le dijo—. Le he avisado para que hable con usted.

Aviraneta y Aguado subieron la estrecha escalera de la casa, iluminándose con un cabo de vela, y entraron en un cuarto diminuto, con un armario lleno de papeles. Sentado a la mesa, a la luz melancólica de un pequeño quinqué de petróleo estaba el general don Francisco Espoz y Mina.

El general se levantó con trabajo y estrechó la mano de Aviraneta. Aguado cerró la puerta del cuarto y los tres hombres se sentaron. Estaba el caudillo de la guerra de la Independencia avejentado y con aspecto de enfermo; tenía el pelo y las patillas blancas y las mejillas hundidas; llevaba una chaqueta de tela gruesa, un pañuelo de lana en el cuello y un capote sobre los hombros.

—Yo recuerdo haberle visto a usted... —dijo Mina dirigiéndose a Aviraneta con un hablar inseguro y algo vacilante—, sí... recuerdo, hará ya quince años... cuando la conspiración de Renovales creo que era, ¿no?... sí, cuando la conspiración de Renovales. Entonces debía usted ser muy joven.

—Tenía veintitrés años.

—¿Y qué ha hecho usted desde esa época?

—¡Oh, tantas cosas!, que ya no me acuerdo.

Aviraneta contó rápidamente cómo había sido ayudante del Empecinado, su viaje a Egipto y a Grecia, y después su estancia en Méjico.

—Últimamente he hecho la expedición a Tampico con el brigadier Barradas —terminó diciendo— y por la defensa de este pueblo el general Vives ha pedido al Gobierno la confirmación del empleo de Comisario ordenador de Guerra. En este momento, cuando iba a tomar posesión del cargo, llegó a La Habana la noticia de la Revolución de julio de París, y a mí me avisaron por la Venta Carbonaria lo que se intentaba. Esto me movió a presentarme al capitán general y a manifestarle francamente mis deseos. Vives, que es amigo mío, intentó disuadirme, pero viendo que era imposible me dio el pasaporte para España.

Aviraneta lo mostró a Mina, quien lo leyó despacio y después dijo:

—¿Y ahora qué piensa usted hacer?

—Me uniré a ustedes.

—El caso es —murmuró Mina— que yo no voy a poder darle a usted cargo alguno en esta expedición... es tarde...

cada cargo es una nueva fuente de riñas y de rivalidades... sí; es verdad...; no hablo por hablar, no... no sabe usted cómo están los míos, los que llaman *ministas*, con los valdesistas y los gurreístas... yo quisiera... pero no puedo... cada jefe quiere tener su partido y así no vamos a ninguna parte.

—Si no tengo cargo oficial trabajaré independientemente.

—¿Usted puede entrar en España, Aviraneta?

—Estoy pregonado por el corregidor de Roa en la causa del Empecinado, pero supongo que ese proceso estará ya sobreseído.

—¿Tiene usted parientes en España?

—Sí.

—¿En dónde?

—Aquí en el Norte, en San Sebastián y en Irún.

—Pues entonces podrá usted pasar. Si usted quiere, yo haré que le firmen el pasaporte.

—No; de ir, iré sin pasaporte. Conozco el país y tengo amistades en la frontera. Diga usted, mi general, sus intenciones y su planes; yo, conociéndolos, veré qué es lo que puedo hacer.

—Está bien. Habla usted con franqueza..., y a pesar de que yo tengo fama de zorro le hablaré a usted con la misma claridad. No tengo interés en engañarle.

—Ni yo tampoco a usted, general.

—Lo comprendo. Bien, no le diga usted esto a nadie... esto que le voy a decir... La gente lo sospecha... pero yo no quiero confesarlo...: voy arrastrado a una expedición en la que no creo... que me parece imposible pueda tener éxito...; usted me dirá ¿por qué he entrado en ella?... Por los amigos...; me decían que yo, como más viejo..., con más representación... quizás pudiera ordenar el movimiento... No se ha podido hacer nada...; mis informes me hacen creer que hay traidores en nuestro campo, que el Gobierno está advertido... y que vamos al fracaso.

—¿Y no se puede aplazar esto? —preguntó Aviraneta.

—No. Ya me echan la culpa a mí de las dilaciones...; el general Gerard me recomendó que esperase...; creí que haría algo por nosotros, y nada... ahora si no marchó todo el mundo dirá que yo he entorpecido la expedición... que soy un traidor..., y voy a marchar... Si usted hubiese venido... antes... cuando organizábamos nuestras tropas... le hubiera nombrado jefe de una de ellas, pero esto está constituido... mal constituido... pero ¿qué se va a hacer?

—Ah. Nada. De eso no hay que hablar.

—Si usted hubiese venido antes, Aviraneta, yo le hubiese encomendado un trabajo comprometido... y peligroso.

—¿Cuál?

Mina se detuvo, palideció y murmuró llevándose la mano al costado.

—Estos días de otoño... las heridas... me duelen...; dígame usted, Aguado, cuál era nuestro proyecto.

—La idea del general —dijo Aguado— era no emprender esta expedición sin tener un apoyo en la península. Hubiésemos querido contar con San Sebastián y con Santoña antes de comenzar el movimiento en la frontera. Las dos plazas son fuertes e importantes. Con San Sebastián y Pasajes tendríamos la defensa de la costa y el paso abierto a la frontera; con Santoña podíamos defender la parte de Santander, tener abierto el camino de Burgos hacia Madrid y marchando mal defendernos de las tropas que vinieran de Vizcaya en el portillo de Gibaja y en la barca de Treto, y de los que llegasen de Burgos o de Asturias en la línea de Torrelavega.

—¿Y por qué no han intentado ustedes eso?

—Amigo Aviraneta —dijo Mina, ya un tanto aliviado del dolor—, nadie ha estudiado con calma nuestros proyectos... Todo el mundo cree que basta presentarse en la frontera... echar un discurso... para que el pueblo venga con nosotros...

—¿Y no dieron ustedes, mi general, algunos pasos? — preguntó Aviraneta.

—Sí; yo había escrito a algunos amigos de San Sebastián... diciéndoles que esperaran órdenes.

—¿Tiene usted allí amigos de confianza?

—Sí. Legarda, Amilibia, Baroja... y sobre todo Lorenzo Alzate.

—Alzate es primo mío. ¿Y cree usted, mi general, que ya no se puede hacer tentativa alguna en ese sentido?

—Eso creo.

—Yo volveré de nuevo a estudiar la cuestión y hablaré con usted.

—¡Ah, bien... muy bien!... ¿Qué, nos vamos?

—Sí —dijo Aguado—. Encienda usted la vela, Aviraneta.

Don Eugenio encendió una pajueta y luego el cabo de vela, y Aguado apagó el quinqué.

Aviraneta tomó el candelero, y Mina, apoyado del brazo de Aguado, bajó las escaleras y montó en un cochecito que había en la calle esperándole. Aguado y Aviraneta marcharon a Bayona por el puente.

III

CONVERSACIÓN CON AGUADO

ESTABA lloviendo; ni Aguado ni Aviraneta tenían ganas de entrar en sus casas, y se metieron en los soportales del Puente Nuevo.

—¿Qué le ha parecido a usted Mina? —le preguntó Aguado.

—Sencillo, atento. Me lo figuraba así —dijo Aviraneta—. ¿La opinión íntima acerca de la expedición que se proyecta es la que ha expuesto?

—Sí.

—¿No hay alguna cosa que nos haya callado?

—No. Es decir, no ha insistido en las diferencias que hay entre nosotros.

—¿Y cómo no se ha zafado de esta empresa, en la que tiene tan poca confianza?

—Esta pregunta me demuestra que lleva usted lejos de nosotros mucho tiempo —dijo Aguado—. Usted le ha conocido a Mina cuando era un general liberal, uno de tantos; hoy es el mayor prestigio del liberalismo activo y no se puede zafar de una empresa así como en tiempo de Renovales. Mina viene arrastrado. A raíz de la Revolución de 1830, Mina se encontraba en los baños de Bath. Se le escribió contándole con detalles las jornadas de julio. Los emigrados que habían acudido a París creían que aquella era la ocasión propicia para emprender un movimiento favorable, con la ayuda de los liberales franceses y del Gobierno de Luis Felipe.

—Y lo era, sin duda.

—Mina —siguió diciendo Aguado— se trasladó a París, conferenció con los emigrados españoles y quedó de acuerdo con ellos en hacer una intentona en la frontera, con ciertas condiciones. Decidido esto, Mina tuvo una conferencia secreta con el ministro de la Guerra, general Gerard.

—Y Gerard ¿qué dijo?

—Gerard recibió muy bien al guerrillero español, y le dijo que preparase su expedición a la chita callando. Mina fue también en compañía de Toreno a visitar al general Lafayette, pero no le pudo ver. Mina quería formar una falange con los prestigios del liberalismo internacional y lanzarla sobre la frontera española.

—Era una magnífica idea.

—Y era lo que habían prometido todos. Ya que los franceses habían acabado con la libertad en España en 1823, justo era que intentaran restablecerla cuando pudieran. Sin embargo, no han hecho nada.

—No me choca. El francés siempre ha sido egoísta y rñoso para los demás.

—Mina quería el mando único, y tenía razón, porque lo que se intenta no es una revolución, sino un movimiento militar. La revolución, en tal caso vendrá después. Al mismo tiempo que Mina hacía sus trabajos, un grupo de impacientes que querían obrar con independencia se puso de acuerdo con Calvo y con Ardouin el banquero, que tenían hechos empréstitos a España desde la primera época constitucional, y los banqueros ofrecieron su concurso. Llamaron a Mendizábal y le dieron fondos para los primeros trabajos, y decidieron entre todos nombrar la Junta sin consultar con Mina.

—Siempre la divergencia y los celos —murmuró Avirana.

—El Directorio provisional del levantamiento de España contra la tiranía se formó en París y se trasladó en seguida a Bayona. Desde aquí escribió a Mina preguntándole si se

podría contar con él. Era en el fondo una impertinencia. Mina, un poco molesto, contestó que sí y en la segunda semana del mes de septiembre se presentó en Bayona. El 22 de este mes se verificó la primera Junta del Directorio provisional, y al día siguiente Mina, violentándose un poco, manifestó públicamente su adhesión a ella. Desde el primer momento comenzaron las rencillas y las diferencias.

—¿Por qué?

—Los partidarios de Torrijos y los militares independientes veían que allí donde estuviera Mina naturalmente tenía que ser la figura principal, cosa que no les agradaba.

—¿Pero hay algún motivo nuevo de odio?

—Ninguno. Las causas de esto son muchas y antiguas; pero la más principal no es ideológica, sino de temperamento. Mina es un vasco como usted, maquiavélico, de palabra confusa y enmarañada, pero por dentro, claro, lúcido y calculador. Sus enemigos Torrijos, Valdés, Alcalá Galiano, San Miguel, López Baños y otros muchos son castellanos, andaluces, asturianos, más fáciles de palabra, más conceptuosos, más retóricos...

—Por una cosa o por otra, los españoles siempre estamos así —dijo Aviraneta con amargura—. Empiezo a sentir el haber venido. Allí, al menos, en Cuba tenía asegurada mi existencia.

—Sí, será verdad; pero no se puede vivir más que en el propio país; lo demás es vegetar, llevar una vida mísera y disminuida.

—En eso tiene usted razón. Lo que yo no comprendo bien es por qué si Mina no tiene defectos no se le unen los demás.

—Es que los tiene. Uno de los defectos del general, que a veces es un medio de defensa, es la desconfianza excesiva; otro es su tendencia burocrática y reglamentaria. Mina, que ha conspirado desde la primera emigración, está siempre en guardia con cualquiera que se le acerque; en cambio, Torrijos y Valdés son más efusivos y, al parecer, más